

ñar de las alabanzas. Podrá Vmd. encontrarse con otros, que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea Vmd. su hazme reir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis vigotes, y volviómelo las espaldas.

Sentí tanto esta burla, como qualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. Es posible, me decia yo, que aquel traydor se hubiese burlado de mí! Pues qué! ¿solamente buscó al Mesonero para sacarle el gusano de la nariz, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la qual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus Padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhortarme á que no engañáse á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dexáse engañar. Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me cerré en mi quarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apenas habia cerrado los ojos, quando el arriero

riero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la memoria del gasto, en la qual no se olvidaba la trucha, y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que mientras le estaba contando el dinero, tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pesado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al parasito, al Mesonero y al Meson.

CAPITULO III.

De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y como Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.

No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflores; un muchacho, ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un mozueto Ciudadano de Astorga, y una moza del Vierzo, con quien acababa de casarse. En poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó donde iba, y de donde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan negra, y de tan

poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso sus pocos años y su robustéz inclinaron hácia ella al arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la execucion hasta la última posada. Esta fué en Cacabelos. Hízonos apear en un Meson que está á la entrada del Lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo Mesonero sabia muy bien, que era un hombre callado, y amigo de complacer. Dispuso, que nos conduxése á un quarto muy retirado, donde nos dexó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con ojos centelleantes: ¡vive Dios! dixo, que me han hurtado cien doblones que traía en una bolsa de cuero, y por Jesu Christo que han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al Juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron, y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un ayre muy natural, nos volvió apresurada y broncamente las espaldas, dexándonos atónitos, y mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavía no nos podíamos conocer bien. Antes desde luego sospeché yo que el ladron seria el muchacho de Coro, así como él quizá sospecharía lo mismo de mí.

Fue-

Fuera de eso, todos éramos unos pobres simples, que no sabíamos las formalidades que preceden en semejantes casos antes de llegar á la prueba del tormento, y desde luego creímos que se habia de comenzar por aquí. Poseídos, pues, de esta aprension, precipitadamente nos salimos del quarto, escapando unos á la calle, y otros al huerto, para salvarse cada qual como pudiese, y el novio de Astorga, turbado con la idéa del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su muger. Entónces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinentemente que sus machos, y muy alegre, porque su estratagema habia producido el efecto que pretendia, entró en el quarto donde estaba la novia haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion; pero aquella Lucrecia Asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla, que por casualidad se hallaba cerca de una Posada, que sabia ser muy digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quién daba, y qual era el motivo de aquellos gritos. El Mesonero estaba cantando en la cocina, y fingiendo que nada habia oido. No obstante se vió precisado á conducir al comandante y á la patrulla al quarto de la persona que gritaba. Conoció luego el Alferez el negocio de que se trataba, y como era hombre grosero y brutal

Fue-
TOM. I.

C

re-

regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mangón de su alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la acción que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto. Echó mano del delinqüente, y le condujo á la presencia del Juez, juntamente con la agraviada delatora, que absolutamente quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante el desórden en que se hallaba. Oyóla el Juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia excusa alguna, y que era indigno de perdon. Mandó al punto que le despojassen, y que en su presencia le diesen sendos azotes; y ordenó despues, que si el dia siguiente no parecia el marido de aquella muger, dos Soldados la llevasen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado quizá mas que los otros, gané prontamente la campaña, y atravesando campos, penetrando matorrales, y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué finalmente á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él y á esconderme en el mas erizado matorral, quando me ví de repente con dos hombres á caballo que se pararon delante de mí. ¿Quién va allá? dixerón; y como el miedo y la sorpresa no me dexaron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome pena de la vida, que les dixese quién era, de dónde venia, y

qué iba yo á hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber donde esconderme. Dieron una grande carcajada, quando oyeron un discurso que tanto mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dixo: no tengas miedo, querido: vente con nosotros, y no temas, que te pondremos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grúpa de su caballo, y volviendo las riendas, nos enwaynamos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque.

No sabia yo qué pensar de tal encuentro; mas no obstante no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fueran ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado, y quizá tambien asesinado. Quizá serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duró mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio, llegamos finalmente al pie de una colina, donde nos apeamos. Aquí hemos de dormir dixo uno de los Caballeros. Por mas que yo volvia los ojos á

todas partes no veía casa, choza, ó cabaña, ni la mas mínima señal de habitación: quando ví que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada que ocultaba una larga entrada soterránea muy pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dexaron resvalar, como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos, y dexaron caer la trampa con unas cuerdas, que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y he aquí al digno sobrino de mi tío el Canónigo Gil Perez metido como raton en una ratonera.

CAPITULO IV.

Descripcion de la cueva soterránea, y de lo que vió en ella Gil Blas.

Entonces conocí entre qué especie de gentes me hallaba yo, y facilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor; pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Dí por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados. Y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, quando advirtiendo ellos mismos que de pies á cabeza iba temblando, me exhortaron con la mayor dulzura, pero inutilmente, á que depusiese todo temor.

Ha-

Habriamos caminado como unos docientos pasos, siempre baxando, y siempre caracoleando, quando entramos en una especie de caballeriza, á que daban luz dos grandes candiles que pendían de la bóveda. Habia en ella una buena provision de paja y muchos sacos atados de cebada. Podian caber en ella cómodamente hasta veinte caballos, pero á la sazón solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo, pero en la traza fornido y vigoroso. Salimos de la caballeriza, y á la triste luz de otras lámparas, que parecían alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna, llegamos á la cocina, donde una vieja estaba asando las viandas y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios, é inmediata á ella estaba la despensa bien abastecida de todo género de provisiones. La cocinera (porque es menester que la describa) era una persona de sesenta años, y encima de ellos algunos mas. Quando moza eran sus cabellos de un blondo extraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos que de trecho en trecho no se conservasen algunas manchas, residuos del primitivo color. El de la cara era aceytunado; su barba puntiaguda, con alguna elevación; los labios muy hundidos, y una nariz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la punta, y sus ojos tan en-

encarnados , que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda , dixo uno de los caballeros , presentándome á aquel bello ángel de tinieblas , mire este mocito que la traemos: y volviéndose despues á mí , y viéndome pálido y consumido , me dixo: Vuelve, querido, en tí, y no tengas miedo , pues no te queremos hacer mal. Teníamos necesidad de un mozo que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera. Te encontramos , y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince dias ha, porque era de delicada complexión. La tuya parece mas robusta , y no morirás tan presto. A la verdad no volverás ya á ver el Sol , pero en recompensa comerás bien , y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda , que es una criatura muy amable y humana. Tendrás quantas conveniencias quisieres , y ahora conocerás que no has venido á vivir entre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una luz , y me ordenó que le siguiese. Llevóme á una bodega , dondè ví una infinidad de botellas , y grandes vasijas de barro bien tapadas , llenas todas de vinos exquisitos. Hízome pasar despues por muchos quartos : unos atestados de piezas de lienzo muy delicadas , otros de ricos paños y telas de lana y seda. En este habia gran cantidad de plata y oro ; en aquel igual , ó mayor porcion de vaxilla en diferentes armarios. Seguíle despues

pues á un gran salon que alumbraban tres grandes arañas de metal , y conducia á otros quartos que se comunicaban con él. Aquí me hizo nuevas preguntas , es á saber , cómo me llamaba , y por qué habia salido de Oviedo. Despues que satisface su curiosidad : ahora bien, Gil Blas , me dixo con mucho agrado , puesto que solo saliste de tu Patria para lograr algun puesto , parece que naciste de pie , pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho : aquí vivirás en medio de la abundancia ; nadarás en oro y plata , y estarás con toda seguridad. Tal es este soterráneo , que aunque venga cien veces á este bosque la Santa Hermandad , nunca dará con él. La entrada solo la conozco yo y mis camaradas. ¿Acaso me preguntarás cómo hemos podido nosotros fabricar este soterráneo sin que lo supiesen los paysanos de los Lugares vecinos? Pero has de saber , amigo mio , que esta no ha sido obra nuestra , sino de muchos siglos. Despues que los Moros se apoderaron de Granada , de Aragon , y de casi toda España , los Christianos que no se quisieron sujetar al yugo de los Infieles , huyeron , y se ocultaron en este País , en Vizcaya y Asturias , adonde se retiró tambien el valiente Don Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas : unos escondidos en cavernas , y otros en soterráneos , que ellos mismos fabricaron , y este es uno de tantos. Des-
pues

pues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus Ciudades, Villas y Lugares, y desde entónces los soterráneos sirvieron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la Santa Hermandad ha descubierto y destruido algunos; pero todavía han quedado muchos, y yo, gracias al Cielo, quince años hace que habito impunemente en este. Llámome el Capitan Rolando, soy el xefe de la compañía, y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.

CAPITULO V.

Del arribo de otros Ladrones al soterráneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.

No bien habia dicho estas palabras el Capitan, quando aparecieron en el Salon seis caras nuevas: que eran su teniente, y otros cinco de la gabilla. Venian cargados de botin. Traían dos grandes zurroneos llenos de azucar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al Capitan, le dixo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurroneos como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su expedicion en el despacho, se entregó en la despensa la hacienda del especiero. Hecho esto se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en el Salon una gran mesa, y á mí me enviaron á la

co-

cocina, para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedió á la necesidad, ya que mi mala suerte lo queria así, y disimulando mi sentimiento me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Dí principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas del excelente vino que el Señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pie para servirles el vino. El Capitan en pocas palabras les contó mi historia de Cacabelos, con la qual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oír mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la Señora Leonarda era la que habia servido el nectar á aquellos Dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita Hebéa.

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los Señores Ladrones, los quales bebían tanto como

TOM. I.

D

co-